



Los.♫ 38- SIC: ERRORES EN LA ESCRITURA

Una de las labores de los musicógrafos es estudiar a fondo las fuentes originales, las partituras, para descubrir el sentido exacto de tal o cual composición. Que una editorial publique un “do” en una edición no significa que ese “do” estuviera en el autógrafo.

Y es que muchos compositores escribían tan a vuelapluma al dictado de su inspiración que luego no había quien entendiera su letra. Hay obras que se han estado interpretando durante siglos mal hasta que un estudioso ha desvelado la errata.

Otras faltas no parten de los originales, sino de los editores. Haendel no era muy amigo de publicar según qué obras suyas, así que los “piratas” vieron una oportunidad de negocio. El editor John Walsh se dedicó a publicar algunos inéditos de Haendel, pero estaban tan llenos de erratas que enfureció al compositor por partida doble. Al final Haendel decidió hacer una edición oficial en la editorial de... John Walsh.

Rossini era tan confiado que apuraba hasta el último momento la escritura de las oberturas de sus óperas, algunas de ellas hasta el mismo día del estreno. A medida que las terminaba, un ejército de copistas las repetía para que todos los miembros de la orquesta tuvieran su *particella*. Las prisas hacían que cada músico tuviera una versión distinta.

La mala letra no solo pasa factura a los pentagramas sino también a los títulos. Puede que la Elisa a la que Beethoven le dedicó su más famosa bagatela se llamara en realidad Teresa, pero el editor no supo entender los enérgicos garabatos del del Bonn. Una mala caligrafía también afectó a un disfraz de dragón que debía utilizarse en el estreno de *El Anillo del Nibelungo*, de Wagner, en el primer Festival de Bayreuth. El cartero no supo leer la ciudad bávara y la cabeza del dragón terminó en Beirut.

Las traducciones también han jugado malas pasadas a los títulos de las obras. El popular *El vals del minuto* de Chopin sería en realidad *El vals minuto (pequeño)*, lo que implica que no es necesario tocarlo en 60 segundos.

Pero no todas las erratas son tales. Toscanini vio que en el *Te deum* de Verdi faltaba un *ralentando*, y así se lo hizo saber a su autor. Pero Verdi le dijo que había omitido la indicación de tempo para que los malos directores no lo exageraran. Toscanini supo leer entre líneas la intención del maestro

Quizá el récord de los errores esté en una de las obras cumbre del siglo XX, como es *La consagración de la primavera*, de Igor Stravinski. La obra se estrenó en 1913 y tuvo diversas publicaciones editoriales, la más importante la de 1929. En el año 2000, la editorial Kalmus revisó esa edición y corrigió ¡más de 20.000 errores! ¿Había algo bien en la edición original?

♫ -120 EL QUIROPLASTO: WAGNER Y SCHUMANN

El WWV 1 de Richard Wagner, es decir, su primera obra de la que tenemos constancia es *Leobaldo*, una tragedia en cinco actos de tintes shakesperianos. El compositor comenzó su libreto en 1826 cuando apenas contaba 13 años. Una vez terminada, decidió ponerle música.

Como por entonces apenas tenía conocimientos musicales quiso aprender por su cuenta, y para tal fin acudió a una librería en busca del manual que le habían recomendado: un método de composición de Johann Logier, el inventor del quiroplasto. Como no tenía dinero para pagar el libro, en la librería le permitieron alquilarlo por días. Wagner aceptó, pero erró en el tiempo que le llevaría aprenderlo porque pasaron los días y las semanas y la deuda por el préstamo superaba ya el precio del libro original.

Wagner empezó a recibir cartas del dueño de la librería recordándole su deuda. El propietario no era otro que el profesor y pianista Friedrich Wieck. Al final Wagner pidió ayuda a su familia para afrontar el pago.

No sería la única ocasión en la que, al menos indirectamente, el nombre de Logier y Wieck quedarían unidos.

Un par de años después de que el joven Wagner acudiera a la librería, otro joven muchacho se presentó en la casa de Friedrich Wieck para estudiar piano con él. No sabía el profesor en ese momento que ese alumno, Robert Schumann, acabaría siendo su yerno.

El deseo de Schumann era convertirse en un gran virtuoso del piano, así que además de estudiar con dedicación, pensó que el quiroplasto de Logier era una buena forma de perfeccionar su técnica. Lo incorporó en su estudio diario.

Poco tiempo después, Schumann comenzó a sentir un entumecimiento de los dedos de la mano derecha que en pocos meses fue a más. En 1832, con tan solo 22 años, y tras dos de uso del quiroplasto, Schumann ya no podía utilizar la mano derecha para tocar el piano, abandonando su sueño de ser pianista. Por suerte, su talento como compositor le han permitido tener un hueco en la Historia de la Música.

No están claras las razones reales de la lesión de Schumann, quizá un envenenamiento de plomo para curar la sífilis, aunque seguro que el quiroplasto ayudó poco. Años después, su profesor y ya suegro Friedrich Wieck no dudó en culpar al invento de Logier, al que denominó "atormentador de dedos", del daño que sufrió Robert.

Desde su creación, el quiroplasto había tenido un gran éxito en Inglaterra y toda Europa, pero a medida que avanzaba el siglo XIX su uso fue declinando. A comienzos del XX, casi ya no quedaba ningún profesor que utilizara el método de Logier y los únicos quiroplastos a la venta se encontraban en tiendas de segunda mano

QUE ES EL QUIROPLASTO:

En 1814 un pianista y pedagogo alemán llamado Johann Bernhard Logier, patentó en Dublín un artilugio para perfeccionar el aprendizaje del piano, al que llamó el Quiroplasto.

El invento consistía en un par de barras que se enganchaban en el piano. Sujeto a estas barras, pero de forma que pudiese desplazarse por ellas, se localizaban dos moldes con agujeros para los cinco dedos de cada mano.

En teoría, se supone que el quiroplasto evita que se interioricen movimientos inútiles o innecesarios al piano, mientras que se afianza el desplazamiento horizontal en paralelo a las teclas, se reduce la intervención de los brazos, y se potencia la técnica puramente digital.